GUÍA PARA ENTENDER A TU HIJO DEL CENTRO YALE DE ESTUDIOS INFANTILES

UN DESARROLLO SANO DESDE EL NACIMIENTO A LA ADOLESCENCIA

LINDA C. MAYES y DONALD J. COHEN

Alianza Editorial

Capítulo 24

Los amigos: el mundo social en expansión de nuestro hijo

Miremos unas fotos de amigos de la infancia: dos niños en edad preescolar se afanan en torno a una cocina de madera, sostienen utensilios de plástico y representan a «papá» y «mamá»; unos niños de cuarto curso sonrientes, es la primera noche en que no duermen en casa, han levantado una tienda con mantas, se meten en ella arrastrándose y hablan seriamente de lo que serán de mayores; un grupo caótico de jóvenes se pelea por una pelota de fútbol, discutiendo y riéndose en igual medida. Momentos parecidos de nuestra niñez pueden presentársenos con tanta claridad como si hubieran sucedido ayer. Jugar con los amigos es uno de los aspectos más intensos y placenteros de ser un niño. Es también uno de los más significativos: las amistades de la niñez constituyen la base de otras interacciones sociales estrechas, el campo de prácticas para manejar todas las emociones de las relaciones interpersonales. Los amigos, en cuanto tales, son asimismo —como saben los padres—, una posible fuente de problemas, en parte porque los niños están empezando a aprender a controlar sus emociones. Pueden también generar ideas peligrosas y estúpidas, así como dolorosos sentimientos de rechazo.

La capacidad del niño para la amistad tiene sus raíces en la relación con los padres y otros cuidadores. En muchos aspectos, nosotros y esos otros adultos somos sus primeros amigos cuando interactuamos, nos comunicamos y jugamos con él en las primeras semanas y meses de vida. Si tales interacciones no son francas y alegres, es muy probable que nuestro hijo, al crecer, tenga problemas para interpretar los deseos y las claves emocionales de los demás. Somos, sin embargo, mucho más que amigos para el bebé. Pronto comienza a vernos como los proveedores de todo lo que necesita para vivir, y lo protegemos y disciplinamos al mismo tiempo. Como parte de un desarrollo sano, comenzará a entablar amistad con sus iguales, con quienes puede establecer relaciones sobre una base de mayor igualdad, ya que no se dedican a

pañeros que despierten su curiosidad por ser diferentes de las personas que conoce en casa. A veces, el primer amigo del hijo único es un primo.

Quizá los vecinos tengan niños pequeños con los que puedan jugar nuestros hijos. Pero con frecuencia hay que ir más lejos a buscar posibles compañeros de juegos. Es probable que entre nuestros amigos, compañeros de trabajo o miembros de grupos de actividades o congregaciones religiosas haya algunos con hijos de la misma edad que los nuestros. Las parejas que se conocen en las clases de preparación para el parto suelen mantenerse en contacto, pues saben que sus bebés tendrán aproximadamente la misma edad. Si somos nuevos en la comunidad, podemos encontrar amigos para nuestros hijos (y tal vez para nosotros) en la guardería. Si el profesor del niño observa que juega muy bien con otro miembro de la clase, podemos invitar a ese niño a casa o llevarlo con nosotros al parque por la tarde, y quizá eso sea «el principio de una hermosa amistad».

estar siempre disponibles, a quererlo y a cuidarlo.

Si nuestro hijo tiene un hermano mayor o un hermano gemelo, lo más probable es que su primera amistad verdadera sea con él. La relación entre hermanos suele implicar sentimientos encontrados: amor, lealtad, orgullo, celos y rivalidad, por citar algunos. Se diferencia de amistades posteriores en que la conexión entre los niños es involuntaria. Comparten juegos y juguetes porque están en el mismo hogar; y, aunque puedan dejar de jugar juntos, no pueden alejarse mucho el uno del otro. (Véase el capítulo 30.) No obstante, la experiencia temprana de intimidad con un hermano es una influencia fundamental en las relaciones del niño con otros niños. En el futuro responderá a las cualidades ajenas que, consciente o inconscientemente, le recuerden a sus hermanos, o buscará com-

No debe sorprendernos que, en lugar de horas ininterrumpidas de juego feliz, haya momentos de fricción entre los niños pequeños. Jugar con otros niños, llevar a casa a un compañero de juegos o estar invitado en casa de otro niño son habilida-

des sociales que los niños pequeños aprenden con el tiempo. Jugar con otros niños contribuye al desarrollo social de nuestro hijo y de sus compañeros de juegos; pone de manifiesto las costumbres de otras familias y amplía la visión del mundo de cada niño. Al observar a nuestro hijo jugando con sus amigos, es posible que nos demos cuenta asimismo de algunos aspectos de su personalidad en los que no habíamos reparado antes por falta de oportunidad: su capacidad (o incapacidad) para compartir los juguetes y las posesiones que valora mucho, su insistencia en determinados papeles muy estimados en el juego de ficción o la facilidad con la que incorpora a nuevos compañeros al juego. En este capítulo se hablará de cómo entablan amistad los niños en los años preescolares y escolares y de cómo afrontar los problemas que puedan derivarse de tales relaciones.

Los años preescolares

En los años preescolares, los niños aprenden a relacionarse con personas distintas de los padres y la familia más cercana. Los amigos de un niño de cuatro años pueden cambiar de una semana a otra, o su amigo puede ser su gato o un niño que crea en su imaginación. Los amigos del niño en edad preescolar suelen ser tan turbulentos e impredecibles como nos imaginamos que serán sus amigos de la adolescencia. Con esas amistades tempranas, nuestro hijo no sólo disfruta teniendo compañeros de juegos, sino que aprende a manejar las emociones difíciles del rechazo o la ira.

Los amigos y los compañeros

Los expertos en desarrollo infantil antes sostenían que los niños en edad preescolar eran meros compañeros de juegos. Afirmaban que la verdadera amistad venía después, en la escuela primaria. Aunque los niños de dos a tres años tienen dificultades para compartir juguetes y cooperar en los juegos de los demás —dos acciones que definen la amistad para los niños mayores—, esa definición restringida de la amistad era producto de una época en la que casi todos los niños menores de cinco años pasaban los días en el hogar y, en consecuencia, tenían menos oportunidades o motivos para desarrollar relaciones íntimas con sus iguales. Ahora que tantos niños van a la guardería, las semillas de la amistad brotan con frecuencia entre dos niños en edad preescolar. También se marchitan al poco tiempo y vuelven a florecer. Esas amistades de corta duración pueden parecer tan superficiales que no merezcan el nombre de tales, pero toda relación es importante para nuestro hijo cuando está aprendiendo lo que es el mundo.

El niño pequeño suele tener una idea de lo que es un «amigo»; la palabra existe en su vocabulario y la emplea muy pronto. Es frecuente que los profesores de la guardería oigan frases como: «Voy a ser tu mejor amigo» (y el sentimiento contrario: «No

puedes venir a mi cumpleaños»). El niño en edad preescolar se relaciona con otros como compañero de juegos, compañero de confianza o aliado para superar obstáculos. Hay niños que, en la guardería, hallan seguridad en elegir a un amigo a modo de ancla en el grupo. Cuando la necesidad de esa clase de compañero resulta extrema, es posible que el niño no funcione cuando su amigo esté ausente. También puede darse el caso de que la pareja excluya a los demás de sus juegos, o que finjan ser el otro, intercambiándose la ropa e insistiendo en que se dirijan a ellos con el nombre del otro: «No soy Chris. Chris es éste». Aunque semejante conducta sea más dependiente que amistosa, la seguridad que proporciona una nueva relación es uno de los medios de que dispone el niño para adaptarse a la separación del ho-

Los amigos imaginarios

Como parte del juego imaginario general (véase el capítulo 16), muchos niños en edad preescolar —la mitad, según algunos estudios— crean compañeros imaginarios e insisten en que son reales. Las familias suelen simular que se adaptan a tales criaturas invisibles, y es posible que los padres no estén seguros de si deben o no seguir la corriente a su hijo. Hay padres que no se sienten a gusto adentrándose en las fantasías del hijo.

Lo más habitual es que nos preocupe que seguir la corriente a nuestro hijo le impida aprender lo que es real. Pero los amigos imaginarios no deben constituir un motivo de preocupación para los padres de niños en edad preescolar. Para los niños menores de cinco años, los límites entre la realidad y la fantasía son confusos; pocos años después se clarifican de modo natural. Si se les presiona, aceptan que sus amigos no son visibles, ni tienen hambre, ni duermen a su lado, pero prefieren que les sigamos la corriente.

Un compañero de juegos imaginario suele acompañar al niño cuando está solo. (Para una exposición de los temas relacionados con la separación, véase el capítulo 31.) Los amigos invisibles interactúan con sus creadores, se burlan de ellos y viceversa, proponen proyectos o se apuntan a otros con admiración. Un compañero de juegos imaginario suele tener nombre, personalidad y sexo, que corresponden a los deseos del niño, y algunos tienen hasta una historia familiar («la familia de Terry vivía en Michigan; su padre era soldado»). El amigo es poderoso y agresivo, un monstruo, una princesa, un niño pequeño... Los compañeros invisibles tienden a mantener tales características esenciales. Aunque, cada mes, nuestro hijo le añada detalles, las características e «historia» básicas de su amigo imaginario permanecen inalterables, del mismo modo que las de sus amigos reales.

Aunque no siempre es posible seguir los pasos del proceso por el que un amigo imaginario aparece en la vida infantil, las formas que adopta suelen reflejar las preocupaciones y ansiedades del niño, al igual que lo hacen sus juegos. Así, una niña de cuatro años cuyo padre está enfermo llama a su amiga imaginaria «Barbara Tall», nombre derivado de una medicina que ha oído mencionar a sus padres. Unos gemelos cuya madre está embarazada crean un amigo comparti-

gar y para establecer vínculos con los demás.

En un buen programa de guardería, nuestro hijo interactúa con muchos otros todos los días. Entran y salen de distintas áreas y formas de juego. Un programa bien planificado consta de actividades individuales, para grupos pequeños y para grupos grandes. A veces, una actividad (música, construcción, excursión) determina qué y cuántos niños participarán. Los profesores emparejan a los niños o forman grupos para distintas tareas, y a ciertas horas del día cada niño debe poder elegir en alguna medida cómo jugar: solo o con otros. (Para más información sobre los cuidados infantiles adecuados al desarrollo, véase el capítulo 29.)

Lo ideal es que a los niños pequeños les resulte placentero jugar con otros niños

do con el nombre de «Fetis». Cuando el niño está preocupado, el amigo imaginario le ofrece protección psicológica para sus preocupaciones, adquiriendo poderes mágicos o incluso sucumbiendo a peligros en su lugar. Después de haberse quedado atrapado en una horrible tormenta, un niño de tres años contó a su abuela que su amigo habitual «se había ahogado en el charco grande», pero que tenía un nuevo amigo, «Hombre Rana», que «no tiene miedo de los charcos».

A veces, el niño utiliza al compañero invisible como coartada. Un niño de tres años, con un amigo imaginario llamado Makid (*my kid* [mi niño]), insistía: «Yo no he tirado el agua. Ha sido Makid». Para otros niños, el amigo invisible constituye una conciencia suplementaria que hasta les regaña como los adultos. Nuestro hijo puede crear un aire de misterio cuando decide que su compañero se ha perdido o se ha escondido. Y de todo eso no sabemos nada excepto cuando el niño «traduce».

En efecto, uno de los mayores atractivos de un amigo imaginario es que constituye una parte de la existencia del niño que él, y sólo él, controla, motivo por el que debemos esperar a que nos invite a interactuar con él. En su fuero interno sabe que su amigo no es real, y puede que se inquiete mucho si tomamos la iniciativa de actuar como si lo fuera. Hay que tratar de persuadir a los hijos mayores para que no se burlen de su hermano menor y su juego de ficción, ya que, para él, es importantísimo. Hay que recordarles con dulzura que no hace mucho también tenían su compañero de juegos imaginario.

Los niños pueden crear un compañero imaginario asignando una personalidad a un muñeco de peluche. Es posible que utilicen distintas formas de habla para expresar deseos individuales: un tigre que gruñe, un hipopótamo hambriento, un canguro maternal... (O puede que todos los muñecos hablen con la misma voz de pito.) Nos sentiremos más o menos a gusto siguiendo la corriente a nuestro hijo en esta clase de juego de ficción. Si queremos hacerlo, debemos ayudarle a explorar emociones y rasgos de personalidad distintos en los miembros de su zoológico de peluche. Podemos improvisar guiones, y quizá nos anime saber que hablar con un animal de peluche es más fácil que hacerlo con un compañero imaginario. Al menos vemos cuándo el amigo de ficción está en la habitación.

y descubrir la capacidad de ser compañeros voluntarios de diversos juegos y actividades. Como se ha afirmado en muchos otros capítulos, la capacidad infantil en este área se entrelaza con las restantes habilidades y rasgos que está desarrollando. Así que, por ejemplo, el lenguaje es importante para la amistad. Si nuestro hijo sabe comunicar sus ideas, puede compartir el espacio y los materiales del juego con un amigo. Sus amigos, a su vez, le ayudan a formar sus habilidades lingüísticas. (Para más información sobre el lenguaje, véase el capítulo 17.) Y su capacidad de simbolizar —de emplear construcciones, por ejemplo, para representar caminos o carreteras y de compartir su representación de manera coherente— constituye la base del trabajo cooperativo posterior de los años preescolares y los primeros años de la escuela primaria.

En los años preescolares, el niño pasa del juego solitario al juego paralelo (uno al lado del otro) y al juego asociativo. El juego cooperativo, que tanto desean padres y profesores, a veces está al alcance de los niños en el último periodo de los años preescolares, aunque Jean Piaget creía que el juego verdaderamente cooperativo comienza a los siete u ocho años de edad. Dicho logro depende en parte de que en el hogar y la escuela se fomente y promocione. Se sabe que los juegos con reglas estrictas, en los que se gana o se pierde, no son adecuados para niños menores de siete años. Puede ser que el juego cooperativo surja únicamente cuando los niños hayan madurado lo suficiente como para tolerar cierto grado de competencia.

Cuando las amistades preescolares preocupan a los padres

Los sentimientos intensos —y a veces intransigentes— invaden el juego de los niños en edad preescolar. Los cuidadores oyen discusiones acaloradas sobre quién asume qué papel en un juego: «¡Pero ya fuiste el padre la vez anterior!»; «¡no quiero que la casa sea así!». Puesto que los niños están aprendiendo a ver el mundo a través de los ojos de los demás, tienen que producirse fricciones entre compañeros de juegos. A cualquier edad, es poco probable que dos niños sean equiparables en capacidad de pensamiento, temperamento y fuerza. Si lo fueran, se verían a sí mismos más como rivales que como compañeros de juegos. Además, a los niños acostumbrados a la compañía de los adultos les pueden resultar frustrantes sus iguales: «Quiero jugar solo», afirma Gregor, de cuatro años de edad, «es más tranquilo».

Es normal que los niños tengan dificultades ocasionales al jugar: peleas por los roles del juego, los juguetes o la atención. Se trata, en general, de dificultades situacionales que tienen una solución práctica. Por ejemplo, si nuestro hijo trata de entablar amistad con una pareja ya establecida —y hasta ese momento exclusiva—, podemos darle un juguete con el que pueda unirse al juego de los otros dos niños o comenzar uno al que otros niños se unan.

Cuando un niño tiene dificultades persistentes para jugar con los demás, es natural que los padres se preocupen. Es posible que tales problemas se hallen enraizados en diversos sentimientos. Un niño puede comportarse de manera excesivamente autoritaria u obstinada, sin la flexibilidad y el talante necesarios para adaptarse a los demás. Es posible que no le gusten los juegos imaginarios que otros niños elijan, tal vez porque es demasiado literal e incapaz de fingir, o porque la fantasía le resulta amenazadora, o porque se niega a introducirse en el mundo imaginario de sus amigos. Las ideas de un niño son a veces demasiado complejas para sus iguales, por lo que prefiere sencillamente jugar solo o con un adulto.

Incluso en el periodo preescolar puede parecernos que un compañero de juegos ejerce una influencia negativa en nuestro hijo y que tratemos de no fomentarla. Suele ser una reacción exagerada, a menos que el niño corra peligro. En primer lugar, hay que considerar si el niño se lamenta espontáneamente de dicha amistad, como cuando dice: «¡Me gustaría que Amanda fuera menos brusca al jugar!». Si no lo es, es el momento de decir a nuestro hijo que se defienda solo, y de hablar con su profesor para que haga que cada niño juegue también con los otros durante un rato. Si decidimos hablar con el progenitor del otro niño, debemos describirle lo que hemos visto sin emitir juicios. Aunque estemos seguros de que nuestro hijo no tiene la culpa, resulta más eficaz presentar el problema como un choque de personalidades que los padres de ambos niños pueden solucionar fácilmente.

Si, a pesar de todo, el niño está contento con una relación que nos parece preocupante, hay que analizar por qué se siente atraído hacia ese compañero. A veces, un niño tímido se siente más fuerte al unirse a un compañero de juegos más activo y asertivo. O puede ser que ese niño le ofrezca la posibilidad de hacer tonterías y gritar, que es una forma de ensayar papeles, actividad que tiene lugar constantemente en el periodo preescolar. No obstante, podemos reforzar nuestros valores y expectativas sin impedir que el niño se divierta. Tal vez sea necesario vigilar al par de amigos más de cerca, intervenir cuando las cosas se descontrolen y reforzar las reglas establecidas en la familia. Decidiremos que esa amistad no es adecuada para nuestro hijo, y tomaremos medidas para que juegue con otros niños, únicamente si la conducta de ambos deviene peligrosa o destructiva en el plano psicológico.

Hay padres que, por creer que las únicas amistades sanas son las del mismo sexo y edad, se quejan si la guardería o el jardín de infancia no cumple tales requisitos. Sin embargo, en la mayor parte de los barrios con una elevada población infantil, los niños de dos a cinco años juegan naturalmente con otros del mismo sexo o del sexo opuesto y con niños algo mayores o menores. Los programas de preescolar, por lo tanto, suelen mezclar a niños de tres y cua-

Los animales amigos

Debemos estar preparados para la siguiente pregunta: «¿Podemos tener un perro [gato, pez, caballo, tortuga, conejo, jerbo, hámster, loro, carpa, cerdo, hurón, lagarto, serpiente o cualquier otro animal]?». Cada persona tiene sentimientos distintos sobre las mascotas. Las reacciones oscilan entre considerarles miembros naturales de la familia, y parte esencial del proceso de madurar, y sentir inquietud, ansiedad y deseos de evitación. Un perro grande y enérgico puede parecernos un protector natural de nuestros hijos o un peligro. No todos los hogares son adecuados para tener un animal. Algunos no lo son por el estilo de vida de la familia, el espacio vital, el presupuesto, las creencias religiosas o afecciones como las alergias. Por otra parte, si la familia posee espacio físico y psicológico para acoger a un animal, éste reporta beneficios en diversos estadios del desarrollo infantil. Los niños forman recuerdos y aprenden lecciones de su relación con un animal que les acompaña a lo largo de la vida adulta. Un animal suele ser, por lo tanto, un «amigo para toda la vida», no sólo para el periodo de vida del animal (que, por desgracia, es corto), sino también para la vida imaginativa de nuestro hijo.

Si una pareja ya tiene un animal cuando espera un hijo, éste tiene que adaptarse a la llegada del bebé al hogar, del mismo modo que lo harían los hermanos mayores. El animal puede percibirlo como un intruso que invade su territorio y que modifica la relación con sus dueños. Hay razas de perros y gatos más amantes de los niños que otras; los veterinarios suelen tener experiencia sobre el modo de comportarse de diversas razas con los niños pequeños. Las parejas a veces se enfrentan a la dificultad de tener que separarse de un perro guardián leal pero agresivo, o de un gato viejo y temperamental justo antes de llevar al bebé a casa, decisión que puede resultar especialmente difícil cuando el animal lleva mucho tiempo con uno de los miembros de la pareja, lo cual tal vez aumente la tensión que experimenta ante el hecho de ser padre.

Afortunadamente, la mayor parte de los animales sale bien librada del paso de vivir en un hogar con un bebé. Los perros y los gatos suelen ser mansos e indulgentes con los bebés y dejan que les tiren de la cola, les retuerzan las orejas y hundan la cara en su pelo. Cuando el bebé adquiere movilidad, el perro de la familia puede convertirse en un apoyo conveniente mientras

tro años, y en muchas escuelas hay clases en que están juntos niños del jardín de infancia y niños de primer curso de primaria, lo cual se adapta al desarrollo temprano infantil, en el que se producen avances y retrocesos. Si el niño permanece en el mismo grupo durante dos años, tiene la posibilidad de ser uno de los más pequeños al principio y uno de los mayores después. Sólo debe preocuparnos la preferencia infantil por compañeros de juegos de distinta edad cuando las diferencias de edad y de desarrollo sean mayores.

Cuando los niños son pequeños, los padres suelen programar (a veces en exceso) los momentos para jugar y realizar otras actividades sociales. Si pensamos en cuando éramos niños, quizá recordemos que teníamos una vida social muy atareada: mucho juego, deportes y todo el día de un

el bebé aprende a mantenerse de pie o estar dispuesto a ser el paciente sustituto de un caballo. Los niños en edad preescolar se sirven de los animales como vehículos para su imaginación y les conceden papeles en sus numerosos dramas. Sin embargo, en beneficio de todos, debe haber un adulto que supervise de cerca el juego del niño con el animal y que esté preparado para intervenir si las cosas se descontrolan. Puesto que el niño pequeño aún está aprendiendo que las personas consideran las experiencias de modo distinto, puede que no entienda que al gato no le gusta disfrazarse tanto como a él.

Mientras los niños crecen, un animal puede ser el compañero especial que no son los adultos ni otros niños. Los animales domésticos constituyen una presencia constante, suelen estar dispuestos a escuchar y no acostumbran a responder. Aceptan a los niños como son y están siempre dispuestos a recibir su amor y a penetrar en sus fantasías. También les inician en la responsabilidad, sobre todo si las tareas que implica su cuidado forman parte de la rutina familiar, tareas como poner al gato comida y agua, sacar al perro a pasear por las mañanas o por las tardes y limpiar la jaula del pájaro o la pecera. Como los niños no desarrollan el sentido de la responsabilidad de la noche a la mañana, lo mejor es que el animal sea la mascota familiar hasta que el niño cumpla diez o doce años. Al participar en su cuidado, y si posteriormente es él quien se ocupa del animal, el niño aprende cómo cuidar a alguien y en qué consiste que otro ser vivo dependa de uno.

Tan valiosa como esa lección de responsabilidad es la que las mascotas enseñan acerca de la realidad de la vida. Al igual que las personas de la vida del niño, el animal tiene sus propios gustos, manías y personalidad, y no siempre se comporta como desea el niño. Y es inevitable que se ponga enfermo, se hiera y envejezca. La experiencia de observar el crecimiento de un cachorro de perro o un gatito, de despedirse cuando la muerte se acerca o se ha producido y de conservar recuerdos especiales del animal ayuda al niño a familiarizarse con la vida y la muerte, el amor y la pérdida. Muchas familias son reacias a que sus hijos experimenten esa clase de tristeza, por lo que vacilan a la hora de tener un animal en el hogar. Sin embargo, una mascota ofrece al niño la posibilidad de centrarse en esas circunstancias básicas e inevitables de la vida con la orientación y el apoyo de los padres. (Para más información sobre las reacciones infantiles ante la muerte, véase el capítulo 35.)

lado para otro. Pero a veces olvidamos la edad que teníamos cuando hacíamos cada una de esas cosas. Y los momentos emocionantes con los amigos suelen ser más memorables que muchos momentos tranquilos, igualmente importantes, en que nos divertíamos solos. Si la vida del niño pequeño está demasiado programada u ocupada, puede que sus recursos e iniciativa se resientan, y que sus padres acaben exhaustos. Cuando el niño pasa buena parte del día en la guardería, necesita tiempo para jugar solo o con sus padres. La vida familiar se puede compartir, claro está, con parientes y amigos, pero parece que tanto los niños como los adultos necesitan un tiempo para estar «sin hacer nada» en el hogar. A los padres les preocupa asimismo la popularidad de sus hijos. A nadie le gusta que sus compañeros de juego le recha-

cen o que le excluyan de un grupo, como expresó muy bien un niño de cuatro años al enterarse de que su nuevo amigo ya no quería jugar con él: «¡Pero si estábamos empezando a querernos!». Todos nos hemos sentido así en algún momento. Los padres que recuerdan dolorosamente haber sido excluidos de un círculo social pueden experimentar ansiedad ante la capacidad de su hijo para entablar amistad con otros niños. ¿Pasa el niño mucho tiempo solo? ¿Deberíamos apuntarle a actividades más estructuradas donde los niños juegan juntos? Antes de tomar una decisión, reflexionemos sobre la siguiente pregunta: ¿cuánto le preocupan a nuestro hijo pequeño los amigos? Si juega con facilidad y alegría con otros niños, pero pasa más tiempo jugando solo, lo más probable es que ése sea su patrón preferido. A veces, los padres proyectan sus esperanzas de ser populares —o su miedo a ser rechazados— en sus hijos. Pero cada persona tiene sus propias necesidades de compañía y soledad.

Los niños en edad escolar

En los años escolares, la mayor parte de los niños progresa hacia una mayor independencia de los padres. Las amistades entabladas durante esos años pueden ser para toda la vida y son capaces de sobrellevar mejor los estallidos de ira y el daño mutuo. Los niños en edad escolar aprenden asimismo a compartir amigos con los demás, a trabajar en grupos de amigos y a competir para ser el mejor amigo de alguien.

El mejor amigo

Un niño de primer curso de primaria pasa fuera del hogar la mayor parte del día, tal vez todo el día si realiza actividades extraescolares por la tarde, por lo que casi todas sus experiencias las comparte, no con sus padres y hermanos, sino con sus compañeros de la escuela. Durante los años escolares iniciales, el sentido de sí mismo se desarrolla en buena medida como reacción a su grupo social y contra el telón de fondo del mismo. Aprende a controlar los sentimientos intensos para resolver conflictos con otros niños y desarrolla nuevas habilidades físicas basadas en lo que sus iguales valoran y en el grado en que desea parecérseles.

El alejamiento del niño en edad escolar de los padres y otras figuras de autoridad adultas no se produce de repente. Los niños de seis y siete años continúan sintiéndose muy dependientes de los padres, pero se fijan en niños algo mayores como guía para adentrarse en la sociedad infantil. Recordemos que, aunque nuestro hijo se esfuerce por ser más independiente, no desea asumir responsabilidades adultas, sino sumergirse en la niñez y su subcultura, lo cual suele comenzar con los niños del barrio y continuar con los de su clase en la escuela.

En los últimos cursos de la escuela primaria, la afiliación infantil tiende a volver-

se más específica. El niño se alía con un grupo de compañeros de clase que comparten sus intereses o características. Los niños tranquilos suelen preferir la compañía de otros niños tranquilos, en tanto que los alumnos llenos de vigor y vitalidad se agrupan formando una masa ruidosa. Para la mayor parte de los niños, el término «mejor amigo» no designa a un amigo del alma, sino la cualidad de la relación, por lo que es posible que nuestro hijo tenga un grupo de «mejores amigos». Algunos de ellos se definen y organizan formalmente, como sucede en un club de ajedrez, un grupo de escultismo o un equipo de fútbol. Pero lo más frecuente es que los niños definan su grupo de amigos de modo informal, sobre la base de intereses compartidos, como pasatiempos, deportes y videojuegos favoritos. (En el capítulo 25 se exponen con más detalle tales actividades.) Es probable que cada amigo de nuestro hijo posea un par de cualidades que éste admire y desearía tener: lealtad, sentido del humor, inteligencia, valor, etc.

Quizá nos resulte sorprendente el fervor con el que el niño valora dichas amistades. El pequeño que siempre ha estado deseando hacer cosas con la familia de pronto deja de querer salir con ella si no viene su mejor amigo. Quizá proteste por tener que perderse el entrenamiento de fútbol con sus amigos para ir a ver a su abuela: «¡Eso es deslealtad hacia el equipo!». El niño de quinto curso se pasa todo el día en casa de sus amigos, o los amigos en la suya, o hablando por teléfono para planear las visitas. Los niños de esa edad forman clubs de diverso grado de formalidad. A veces tienen una función, como reunirse para construir maquetas de cohetes o intercambiar pegatinas. Pero es igualmente frecuente que su único propósito sea el de definir que determinadas personas pertenecen al grupo y otras —personas concretas o el resto del mundo— no forman parte de él. En los niños en edad escolar, la inclusión y el rechazo son más personales y se sienten con más intensidad que el anuncio, con frecuencia temporal, de «no puedes jugar» de la niñez temprana. Al niño le resulta doloroso ser excluido porque definirse como miembro de un grupo concreto es muy importante en esos años.

La necesidad de definir un grupo es uno de los motivos de que la cultura popular —los programas de televisión, la música pop, los libros, los videojuegos y los juguetes más modernos— constituya una parte tan importante de la interacción de los niños de esta edad. Los amigos representan juntos *Star Wars*, intercambian cromos de béisbol, hablan de los programas de televisión de la noche anterior o aprenden los pasos de baile más recientes. Tales referencias compartidas constituyen otro modo de confirmar lo que los miembros del grupo tienen en común. A veces se forman grupos de amigos debido a esos intereses, pero con la misma frecuencia influyen en los intereses de los niños las preferencias del líder del grupo.

Definir grupos es crucial para el modo en que los niños en edad escolar desarro-

llan el sentido de un mundo mayor y el lugar que en él ocupan. La familia ofrece al niño el sentido básico de quién es como persona. A medida que crece, el niño le añade su lugar en el barrio, la escuela y el país. Los niños aprenden después otras formas de identidad y pertenencia: afiliación religiosa, origen nacional y étnico, etc. Debido a su interés por formular reglas sobre cómo se comportan las personas, los niños en edad escolar son vulnerables a los estereotipos sobre otros grupos, aunque sean capaces de valorar la enseñanza de sus padres de que la gente inteligente va más allá de las características superficiales y busca cualidades que todos compartimos. En el capítulo 26 se explica el modo de ayudar al niño a estar orgulloso de la cultura de su familia y a respetar la de otros niños.

Enseñanzas similares sobre el peligro de los estereotipos basados en el sexo no impiden, en general, la separación entre niños y niñas que se establece a los siete u ocho años. El sexo, sencillamente, es un indicador demasiado conveniente como para que los niños no lo utilicen para definirse a sí mismos y a sus grupos, sobre todo cuando la mayor parte acaba de resolver su identidad sexual. (Véanse las páginas 235-239.) No obstante, niños y niñas suelen conservar las amistades de ambos sexos y participar alegremente en actividades, como el coro o la orquesta escolar, donde no se aplican las divisiones obvias. De hecho, los grupos de niños y niñas juegan de manera algo distinta a esa edad: los niños tienden a ser más bulliciosos, y las niñas, a asociarse en grupos pequeños. Sin embargo, cada sexo suele tener un concepto exagerado de las diferencias con el sexo opuesto.

Los grupos y sus reglas son fundamentales para el modo de jugar de los niños en edad escolar. Suelen practicar los deportes que ven en la televisión, pero también se inventan sus propios juegos. En cualquiera de ambos casos, la sesión suele comenzar con una firme declaración de la existencia de reglas especiales, se forman los equipos, se juega un poco y se acaba peleándose por las reglas. Tres niños de siete años se perseguían sin propósito en el patio cuando uno de ellos se detuvo para quitarse los zapatos. Mientras lo hacía, anunció: «¡Hay una regla nueva! Ahora podemos ir descalzos». Lo que parecía un juego anárquico, para él estaba regido por reglas estrictas.

Semejante hincapié en los grupos y las reglas no significa que el niño en edad escolar pierda el sentido de sí mismo. A medida que pasa por los años de la niñez media, se vuelve más capaz de afirmar su voluntad ante sus iguales y de tolerar el no salirse con la suya. Comienza a interiorizar el sentido del bien y del mal, y recurre a él cuando está en desacuerdo con las elecciones que realizan otros miembros del grupo. Es posible que nuestro hijo se dé cuenta de que puede aplicar las lecciones que ha aprendido sobre el bien y el mal, e incluso que convenza a sus amigos de no realizar un proyecto arriesgado. (Para

más información sobre el desarrollo moral, véase el capítulo 27.)

En la primera adolescencia, las amistades cambian, porque los niños tienen mayores deseos de ajustarse a los gustos y elecciones de los amigos. Casi ningún niño vuelve a ser tan vulnerable a la presión de sus iguales como entre los once y los trece años de edad. El lado positivo es que las amistades de la primera adolescencia son más íntimas, proporcionan más apoyo y son menos competitivas. A los doce años, aproximadamente, es habitual que el niño tenga uno o dos amigos íntimos, además de los compañeros de su grupo. (Como el inicio de la pubertad se retrasa en los niños con respecto a las niñas, éstos manifiestan tales cambios de amistades un año o dos después que sus compañeras de clase. Para más información sobre la pubertad, véase el capítulo 36.) Si tienen amistades sólidas, los niños se sienten menos dependientes del grupo mayor, pero sigue gustándoles formar parte de él. Los amigos, cada vez más dignos de confianza, les ayudan a sentirse lo bastante seguros como para hacer frente a los cambios que les esperan. Encontrar y ajustar el equilibrio entre disfrutar de las amistades individuales y ser un participante entusiasta del grupo es una constante durante este estadio de la niñez.

Problemas para entablar amistades, problemas con los amigos

La entrada del niño en el mundo social externo a la familia puede ser inestable. Para establecer una relación satisfactoria, dos o más personas deben ser capaces de interpretar las numerosas señales, tanto verbales como no verbales, que los seres humanos emplean para comunicarse. Los niños —y los adultos— difieren en la capacidad de «leer» a otras personas. La timidez para aventurarse, la necesidad de la aprobación continua de los padres o los sentimientos de inseguridad hacen difícil unirse a la compañía, con frecuencia brusca, de otros niños, y hay niños que se sienten más dependientes del hogar y la familia. Si el niño no ha desarrollado las habilidades que sus iguales valoran —ya sea leer, atrapar una pelota o contar chis-

tes—, puede sentirse turbado y preocupado de que se burlen de él.

Que nuestro hijo entre en casa arrastrándose y afirmando que no tiene amigos, no quiere decir que tenga verdaderamente graves dificultades. Pocos niños poseen una confianza inmediata en las relaciones con los demás. La tristeza de nuestro hijo tal vez sea el reflejo de lo que siente ese día o esa semana. El hecho de que exprese sus sentimientos es en sí mismo una señal de su conciencia de que la amistad es una parte importante de la vida.

Es posible que el niño nos hable de un conflicto, de una lucha por el poder o del sentimiento de haber sido sustituido como amigo especial por otro niño. Puede que se hayan burlado de él, que le hayan maltratado o excluido de un grupo del que estaba deseando formar parte. Debemos hallar el modo de ayudarle a recuperar la motivación y la energía para volver a intentarlo tras un día frustrante, y escucharle con simpatía. Los adultos sabemos que toda relación tiene altibajos, pero los niños necesitan tiempo para experimentar esa realidad. Probablemente recordaremos también que, en la infancia, las alianzas suelen cambiar: es posible que tuviéramos un mejor amigo distinto en cada curso de la escuela primaria. Podemos compartir esas experiencias con nuestro hijo, si nos parece que le resultarán útiles, y tratar de reforzar su capacidad de concebir formas de dar salida a la frustración. No debemos intentar resolver el problema inmediatamente; quizá no siempre podamos (ni tampoco sea siempre adecuado) hablar con los padres de otro niño sobre un conflicto. Si el problema es el maltrato entre iguales, ya sea verbal o físico, y persiste, tendremos que ayudar al niño a hallar una respuesta sana y, en ese caso, hablar con su profesor. (Para más información sobre el maltrato entre iguales, véanse las páginas 405-407.)

A algunos padres les preocupa que su hijo no tenga un grupo grande de amigos, como lo tienen sus compañeros. A pesar de los patrones típicos existentes, en cada clase hay niños a los que les gusta estar con un amigo íntimo, excluyendo a todos los demás, lo cual suele suceder cuando dos niños no comparten los intereses o gustos predominantes de sus compañeros en términos de deportes, ropa, música pop, etcétera. Es posible que, sencillamente, nuestro hijo y su amigo sean menos competitivos que otros niños de su edad. Los amigos íntimos a veces son lectores voraces o coleccionistas de gustos similares; o su mutua preferencia puede representar una madurez temprana y una independencia de la presión de sus iguales. Entrar a formar parte de un grupo de iguales antes de hallar un amigo íntimo no es una secuencia universal: cada niño enfoca la amistad de manera ligeramente distinta.

El niño que tiene pocos amigos es muy diferente del niño que no se integra, del solitario. Éste plantea numerosos interrogantes: ¿es tremendamente tímido o incapaz de manifestar sus deseos y sentimientos?; ¿no le interesan los demás o carece de habilidades sociales básicas?;

¿evita la compañía de otros niños o se halla más a gusto con los adultos?; ¿busca constantemente la compañía de niños mucho menores o mayores? La respuesta afirmativa a tales interrogantes indica la necesidad de consultar a un profesional. Si nuestro hijo tiene escasas relaciones con sus iguales, si su interés por otros niños disminuye de repente o si es tan rígido, autoritario o impaciente con los demás que su conducta perturba a sus amigos, es posible que necesite ayuda. (Véase el capítulo 33.) Sin embargo, tales patrones de amistad y conducta son bastante normales y comprensibles en determinadas circunstancias. Si es así, aunque no requieran la intervención de un profesional, exigen que los padres y otros adultos les presten una atención informal pero sensible y bien informada.

Aunque nuestro hijo adquiera más libertad, continuamos desempeñando un papel fundamental en su vida social. No debemos creer que carecemos de voz y voto en su elección de amigos y actividades. Tenemos que saber en todo momento dónde se encuentra cuando ya es un preadolescente y exigirle que nos pida permiso para visitar otros hogares. En la mayor parte de los casos, un progenitor u otro adulto responsable debe supervisar a los niños cuando se ven fuera de la escuela. Es probable que, a medida que nuestro hijo madure (y dependiendo de dónde vivamos), quiera salir más veces solo durante periodos fijos: a un centro comercial, al parque, al cine... Es aconsejable establecer reglas para tales ocasiones y asegurarse de que el niño se atiene a ellas.

Nuestro hijo, como es natural, someterá a prueba las reglas familiares sobre la salud, la seguridad y la conducta y las comparará con lo que hacen sus amigos: «Mamá, nadie se pone el casco al montar en bici»; «¿por qué mis amigos pueden estar levantados hasta las doce de la noche?»; «¡pero es que todos van a nadar a la presa!». Esas quejas suelen ser meras ofensivas para ganar independencia, aunque a veces reflejan los impulsos rebeldes de uno o varios amigos del niño y, en consecuencia, constituyen un motivo de preocupación. Un adolescente puede meterse en más líos que un niño en edad preescolar, y a los padres les resulta más difícil intervenir. Afortunadamente, a medida que nuestro hijo se desarrolla, es más capaz de decir *por qué* le gustan o no le gustan sus iguales, y tenemos más posibilidades de sostener un diálogo en el que explicarle por qué creemos que algunas de sus amistades son sanas y hacerle preguntas sobre otras, especialmente sobre las que suponen una conducta arriesgada o peligrosa.

Sus amistades —ya sean superficiales o profundas, transitorias o permanentes, tensas o relajadas— forman parte de su vida y lo seguirán haciendo siempre. Ver que nuestro hijo consigue tal grado de intimidad con sus iguales profundiza el placer que nos hacen sentir su vida y nuestras propias relaciones. Con amigos de verdad, el niño es capaz de ser más él mismo, al li-

brarse de la preocupación que implica la necesidad de sentirse aceptado, competir, obtener logros o fingir. Hay relaciones estrechas nacidas en la niñez que duran toda la vida, y los amigos íntimos pueden convertirse en «parientes por elección propia». Pero incluso cuando los amigos de la infancia se distancian o desaparecen, las imágenes de la relación pasan a formar parte de la identidad del niño.